



«Arribo Mundo», Madrid, 14 marzo 1919
«Viva el rey!»
(I, Samuel, X, 24)

SAMUEL, el que de hombros arriba sobrepujaba á todo el pueblo (I, Samuel, IX, 2), era el profeta, el vidente, y Samuel profeta, vidente, fué el que puso á Saúl por rey sobre el pueblo de Israel (I, XII, 1). Porque es el profeta, el vidente, el que pone y deponc al rey, el que lo hace y lo deshace, mientras que el rey no puede poner ni deponer profetas, no puede deshacerlos y mucho menos hacerlos.

El profeta, el vidente, no es propiamente el que vaticina lo que ha de suceder, una especie de astrólogo ó truchimán de lo venidero, sino que es el que dice la verdad. Aunque el que dice la verdad y la descubre revela lo venidero, y el que ve la verdad, toda la verdad de hoy, sabe lo esencial, lo que importa saber, de lo que será mañana. Y el rey es el que rige. Y el que rige tiene á las veces para seguir rigiendo, que servirse de la mentira. Por lo que el profeta está sobre el rey.

«Y dijo Samuel á todo el pueblo: ¿Habéis visto al escogido del Señor que no hay semejante á él en todo el pueblo? Y entonces el pueblo todo clamó con júbilo diciendo: ¡viva el rey!» (I, X, 24). El pueblo clamó: ¡viva el rey!, pero no: ¡viva el profeta! Y es que el rey, Saúl, vivía de los vivas del pueblo, mientras que el profeta no vivía sino de la verdad, por la verdad y para la verdad. Samuel no necesitaba de los vivas del pueblo ni los iba, como Saúl, á buscar. ¿Para qué?

El pueblo añadió á todos sus pecados el de pedir rey (I, XII, 19), y tuvo Samuel, el profeta, que separarse de Saúl, del rey, rasgándosele el manto, y no volvió á verle hasta el día de su muerte, aunque le lloró mientras el Señor se arrepentía de haber puesto á Saúl por rey de su pueblo (I, XV, 25). Y el pobre Saúl, atormentado de un espíritu malo, estaba como loco.

Pero también el rey, también Saúl, se sintió una vez profeta, y desnudo profetizó con otros ante Samuel, ante el profeta, de donde salió el proverbio de: «¿también Saúl entre los profetas?» (I, XIX, 24). Que es como decir: «¿también el rey se mete á profeta?; ¿también el que ha de regir se pone á declarar la verdad?»

Malo es querer regir, y regir sin otro superior que Dios, y querer decir la verdad, porque ó no se rige bien ó no se dice bien la verdad. Porque la verdad está reñida con el Régimen. La verdad, que es la única que nos liberta, es el principio de la rebelión y de la anarquía. Sólo por la mentira ó por el silencio de la verdad se les sujeta y disciplina y rige á los hombres. Que si el que ve la cara á Dios se muere, la sociedad humana que ve la cara á la verdad se disuelve. Se disuelve como tal sociedad, aunque renazca en forma y esencia más alta y más noble.

¿No se le ha llamado, sin embargo, á David el rey profeta? ¿No fué rey y fué profeta? Pero su profecía, su visión de la verdad, empeció á su realeza, y su realeza fué tropiezo de su profecía. Por males de su realeza por ser mal rey é injusto, profetizó, y por ser mal profeta, siguió reinando.

David se alzó contra Saúl, contra su rey, á quien había de suceder, y lo decía cuando éste le persiguió: «¿á quién persigues, rey de Israel?, ¿á quién persigues?, ¿persigues á un perro muerto y á una

pulga?» (I, XXIV, 15). Porque David se hacía la pulga.

«Salió el rey de Israel á buscar una pulga como se va al monte á cazar una perdiz» (I, XXVI, 20). El rey de Israel iba de caza de pulgas porque no podía ir á la caza de verdades. Porque las verdades le hubieran hecho aborrecer aquel trono en el que, por Samuel, le puso el Señor, y luego se arrepintió de haberle puesto en él. Mientras que el cazar pulgas, como hacía Saúl, le distraía de los graves cuidados de su menester, de aquel menester en que le visitaba el espíritu malo.

Saúl salía á matar pulgas como quien sale á matar perdices—la Escritura lo dice—, porque no podía matar verdades ni profetas. Y éstos, los profetas, lo mismo que las verdades, resucitan. «He visto dioses que suben de la tierra», dijo á Saúl la pitonisa (I, XXVIII, 13), y Saúl vió á Samuel alzarse de su tumba, vió la sombra eterna del profeta muerto, vió la verdad inmortal del profeta que muere. El rey que se iba á los montes á matar pulgas para no ver las verdades del profeta, vio á éste alzarse de su tumba y conoció que no hay modo de escaparse de la verdad.

«No comere!», exclamó Saúl, el rey (I, XXVIII, 23), cuando la sombra del profeta le mostró la verdad. Una cosa así dijo también aquel *follón*—fanfarrón—de conde de Barcelona cuando Mío Cid Ruy Díaz de Vivar, el castellano, le venció. Y fué que dijo: «Non combré bocado por quanto ha en toda España... pues que tales malcalçados me vencieron en batalla» (*Poema del Cid*, 1021-1023). El Cid, generoso y sesudo, le amonestó á que comiese, pues de otro modo se moriría, y el *follón* de D. Ramón Berenguer, el que decía vanidades, acabó comiendo. ¿qué remedio? Y Saúl, ¿cómo acabó?

Volvió Saúl á comer, pero terminó arrojándose sobre su espada—no sobre su cetro—(I, XXXI, 4), y un amalecita le remató á ruego suyo (II, I, 6-10). Saúl se echó sobre su espada, no sobre su cetro, porque es la espada y no el cetro—ó sea la cayada—la que mata á los reyes que manejaron espada y no cayada. Pero lo que de veras mató á Saúl, á quien el pueblo aclamó en un tiempo diciendo: «¡viva el rey!», no fué la espada sobre la que se echó, ni fué el cetro, sino que fué la verdad de Samuel, el vidente de la verdad.

Y este Saúl que salía á cazar pulgas y perros muertos, ha tenido después profetas que le hayan cantado como enemigo de los profetas. Uno de ellos Vittorio Alfieri. Alfieri no quiso ver en Samuel más que á un sacerdote, cuando el profeta no es necesariamente tal. Más de sacerdote que no de profeta tiene el rey. Porque el profeta vive de la verdad y para la verdad, y el sacerdote, lo mismo que el rey, del dogma y por el dogma. Y la verdad no es el dogma. El dogma es siempre un

¡sí!, y la verdad suele ser un ¡no! Y porque los reyes viven de afirmaciones y no de negaciones, de dogmas y no de verdades, por eso necesitan de sacerdotes, pero no de profetas. Y porque el pueblo vive también de afirmaciones, de dogmas, y no de negaciones, no de verdades, sigue á los sacerdotes y apedrea ó crucifica á los profetas. El Sumo Sacerdote entregó al Profeta Sumo al pueblo para que lo crucificara. La suprema Verdad, es: ¡No!

EL GENERAL BERENGUER EN MELILLA



Visita del alto comisario, general Berenguer, al campo exterior, donde fué obsequiado con un "lunch" por los